AÑO VIII. Teruel 9 de Julio de 1863. Número 25.

LA CONCORDIA.

PERIÓDICO SEMANAL DE PRIMERA ENSEÑANZA.

Sale á luz todas las semanas.—Se reciben suscriciones en la Redaccion, plaza del Palacio, n.º 2, y en las escuelas de los pueblos cabezas de partido.—Precios: 18 reales por un semestre: 30 rs. por un año.

HUNDIMIENTO DE LA ESCUELA PÚBLICA de niños de Ruzafa.

Copiamos del *Cervantes* los siguientes pormenores:

Completamos hoy nuestra reseña, describiendo el modo como tuvo lugar tan lamentable desgracia. Y para formar juicio exacto de la misma, recordarémos algunos antecedentes que se encaminan á rectificar muchas aserciones infundadas que la buena fe y lo estraordinario del caso enjendraron en aquellas circunstancias.

Casi estamos por comenzar nuestra tarea sentando desde luego que la providencia habia mostrado varias veces y de una manera clarísima que el edificio carecia de la solidez indispensable.

Prescindiendo de la clase del material empleado, de la cualidad del maderamen y de si la obra en su conjunto llenaba las condiciones del plano (pues este delicado asunto pertenece ya á los tribunales) sobre 4 meses antes de la catástrofe, la parte lateral derecha del cielo raso comenzó á desprenderse dando entrada á las aguas, por lo cual hubo necesidad de practicar un reparo por el interior de la escuela, cubriendo con yeso la longitud entreabierta,

suponemos tambien que el reparo se estenderia á inspeccionar la parte esterior del techo que daba entrada á las aguas, porque si no, inútil era la recomposicion interior.

En los dias sucesivos, es decir durante Mayo, vieron algunos niños desprenderse unos pequeños terroncitos, y en especial á últimos del mismo hizose bien visible la descomposicion de la pared lateral izquierda por la aparicion de una rendija que podia dar holgadamente paso á la luz. Ignoramos si se reparó esta abertura, que fué en aumento despues del último temporal.

El 2 de Junio, dia de la catástrofe, reunidos en la escuela unos 130 niños (no 200 como se ha supuesto) y sobre las ocho y cuarto, el desgraciado profesor Sr. Aguilar, como recelando justamente por las observaciones anteriores que el peligro se mostraba mas evidente en la pared izquierda, dijo al pasante D. Juan Diana «*separe V. los niños de esa pared, porque de hoy no pasa sin que venga al suelo.*»

Estas palabras solo podian tomarse en el sentido vago de esas afirmaciones familiares, que aunque despues se realicen, no convierten en profeta á quien las anuncia, y la prueba de ello la vemos en que si el infeliz profesor hubiera imajinado que su aserto habia de tener tan pronto cumplimiento, antes que disponer la separacion de los niños, hubiera ordenado la salida jeneral.

A esta misma hora comenzó la caida de terroncitos con tanta frecuencia que el profesor tuvo por conveniente salir de la escuela en busca del Sr. alcalde, con quien, y un alguacil, regresó á poco tiempo, para informarle del peligro que amenazaba.

El pasante no menos solícito y receloso obedeció en el acto la órden y principió con sus niños el repaso de las lecciones, en el propio local de la escuela; mas á las nueve y media, segun palabras testuales del mismo, tuvo como una inspiracion producida por el temor de algun mal, y recordando que hasta las diez y media no era costumbre salir con los niños de su cargo á estudiar en el deslunado fuera del local de la escuela, pidió permiso al profesor para marchar á aquel punto con unos veinte niños perte-

necientes á la clase 3.ª de lectura, permiso que en los ocho años de pasantía jamás habia solicitado: á esta ocurrencia, feliz é inspirada, debióse el que este grupo de pequeñuelos quedara salvo en el acto de la desgracia.

Sin embargo á pesár de todo nadie imajinaba de buena fé que fuera tan rápida ni tan grave: de otro modo no se concibe como la autoridad no hubiera dispuesto en el acto el cierre de la clase, ni cómo el profesor continuó sentado en la plataforma, dando sus lecciones de gramática, ni como este, bajo su propia responsabilidad, no dió por terminada la clase, aunque el señor alcalde le hubiera negado el permiso; porque alcalde y profesor eran entonces responsables de tantas vidas puestas bajo su amparo, de tantos niños que si estaban allí sujetos era tan solo por la obediencia.

El Profesor, siguiendo su esplicacion preguntaba á los niños qué era pronombre, cuando, (á las nueve y media y cinco minutos) se desprendió con bastante ruido un gran trozo de yeso del cielo raso: el pasante nuevamente receloso se acerco á la puerta á tiempo que el profesor, bajando de la plataforma, le interrogaba diciendo «¿que es eso, Juan?»—Que esto está muy malo, contesto el pasante».—Eso ya lo decia yo, añadió el profesor, como confirmando sin duda con estas palabras que habia obrado con acierto al avisar del peligro, y ambos se pusieron á examinar el punto de la ruina: el pasante desde la puerta y el profesor desde el centro de la escuela.

Los niños que formaban círculo en la plataforma, al separarse de ellos el maestro, comenzaron como es propio á hablarse y á dar indicios de que tambien temian algo, despues de tales señales habidos: creciendo el murmullo se oian voces de «tu escondete aqui.—Yo romperé los cristales.—Pongámonos bajo la mesa del maestro.—Yo me tiro por la ventana,» y otras esclamaciones propias en unos del miedo, de la imprevision en otros, de juego en no pocos (pues no faltaban risas tampoco) y de ganas de bullicio y movimiento en los demás, porque sabido es de quien gobierna niños cuán bien aprovechan cualquier ocasion de revolverse; y mas entonces que el profesor, jus-

tamente alarmado, atendia sobre todo á obeservar si era efectivo el peligro.

El maestro comprendió cuán eminente era este, por cuanto repentinamente desde el centro de la escuela estendiendo sus brazos esclamó con voz fuerte «*niños fuera*! Mas era tarde: como si este mandato hubiera sido la señal del hundimiento, las dos paredes laterales se desplomaron á derecha é izquierda: el techo vino al suelo con horroroso crujido, y el profesor y unos 110 alumnos quedaron envueltos entre escombros y ruinas.

Quizás á vista de cuanto llevamos dicho, esclame algun lector ¡lástima que el profesor en vez de continuar su leccion de gramática, no diera órden de salida! Despues de conocer un resultado, es facilísimo raciocinar sobre los medios de haberle impedido. Entre el deber de hacer clase, mientras no recibiera órden en contrario y la obligacion de cerrarla por via de precaucion, hay una distancia inmensa. Moralmente y atendida, la calidad que debia suponerse en una obra reciente hecha al parecer con todos los requisitos del arte, era imposible que el profesor, ni padres, ni nadie pensara en un hundimiento tan rápido é inesperado. ¿Qué se hubiera, pues, dicho del profesor, si despedidos los alumnos, no hubiera tenido lugar el hundimiento? Que habia alarmado á los niños, á los padres, al pueblo, á las autoridades... que habia infamado á los constructores de la escuela, que era un mal maestro... Pero hundiose la escuela y asi como hay madres que llenaron de besos á los hijos desaplicados que en aquel dia de luto en vez de ir á escuela, marcharon á jugar por los campos, asi ahora no falta quien diga, como nuestro apreciable colega el *Preceptor*: «¿qué han hecho el inspector de Valencia y las juntas provincial y local para precaver la catástrofe? ¡*Precaver*! mejor es que curar! Mas cuando la obra es resultado de un espediente, de un plano, á cargo de personas facultativas, bajo la vijilancia correspondiente, han de constituirse el inspector y la junta provincial en sobrestantes de la misma? No existiendo reclamacion alguna sobre la solidez del edificio ¿habian las autoridades superiores de

hacer cargos oficiales? Contra quién? debian dirijirse? sobre qué fundarse?

El pasante lleno de pasmo á vista de tal horror y acordándose de sus pequeñuelos del deslunado, corrió asombrado hácia ellos, creyendo prudentemente que el mal se estendia á las demas partes del edificio; dió rápidamente la órden de salida y comenzó á sacar á brazos en el acto á muchos de ellos inmóviles por el susto mientras los mayorcitos corrian hácia la calle anunciando tan terrible desgracia con gritos y lloros. En seguida el mismo Sr. Diana dió la voz de ¡socorro! y acudieron familias y autoridades.

Entre los alumnos sobrecojidos por el miedo notábase á Juan Bautista Aragó y Senis, de 4 años, que apenas podia moverse pues lleva una pierna de palo por defecto del nacimiento á quien el pasante salvó asimismo llevandole en brazos á los de su amedrantada madre. Despues, por mas que la afliccion y el pasmo tenian como embargados los sentidos de este fiel empleado, volvió al interior de lo que habia sido escuela y sirvió de gran socorro para levantar escombros y para indicar los puntos probables en que los niños, vivos ó muertos, debian encontrarse. Sobre todo, él que desde la puerta habia visto el bullicio de los niños de la clase de gramática mientras el breve diálogo tenido con el director, señaló la plataforma como punto de reunion de muchos, y en efecto, bajo la mesa pupitre aparecieron unos seis niños escondidos y salvos: estos dieron razon de que otros seis ú ocho mas atrevidos, rompieron los cristales de las dos ventanas laterales del testero de la escuela, y habian saltado al callizo inmediato, anunciando á grandes voces lo ocurrido: los mas cobardes ó con menos fuerzas para el salto, habian sido víctimas, entre ellos un hijo de la maestra D.ª Ventura Clavero.

Debian quedar, pues, en el centro del edificio cerca de cien niños: removidos prudentemente los escombros, aparecieron muertos el profesor y diez niños, y multitud de heridos, diez de estos de suma gravedad: los demas alumnos en número de cincuenta á sesenta fueron con gozo estraidos unos sin lesion alguna, porque afortunadamente no

les habia cojido el desplome en el centro de la escuela, punto en donde gravitó con mas furia toda la madera que servia de cubertizo al cielo raso: otros sin necesidad de ausilio, entre ellos un hijo del malogrado profesor que acababa de ser víctima, pudieron levantarse y correr precipitadamente para aumentar con sus alaridos el trastorno jeneral del pueblo.

Nuestros lectores conocen ya cuantas medidas se adoptaron en el acto solo añadiremos como pormenor curioso la nota de muertos y heridos, rectificada convenientemente por las mismas familias, pues en las publicadas se han padecido equivocaciones involuntarias.

MUERTOS.

El Profesor D. Francisco Javier Aguilar, de 46 años y 22 de escuela pública.

Alumnos. D. Manuel Borrás March, de 4 años; José Castro Serrano, de 4; Manuel Pardo Lluch, de 5; Antonio Montalvan Castro, de 5; Agustin Marco y Andres, de 7; Ventura Esperáfico Clavero, de 8 y medio; José Fillol Cabanes, de 9; Peregrin Gimeno Carbonell, de 9; José Ferrer Puchades de 10; y Severino Roca y Lladró, de 11.

HERIDOS.

De gravedad.—D. Enrique Maties Peris, Manuel Marco Aranda, Carmelo Torrent Romero, José Vivó Gisbert, y el operario Manuel Soler Montoro.

Menos graves.—D. José Ballester Grimera, Juan Bautista Velez Peris, Salvador Fenollosa Puchades, Vicente Plaza Vivó, Salvador Soler Lluch, Manuel Santana Miralles y José Orient Cosme.

Exospitados.—D. Rosario Aragó Lozano, Vicente Ibañez Roig, José Aznar Giner, Carlos Montalban Balanzá, Vicente Micó Quilis, Salvador Alamar Tomás, Isidro Gimeno Pardo, Isidro Rocafull Vidal, Tomás Esteban Guaita, Peregrin Serrano Andres, Antonio Martí Urios. Vicente

Santana Benedicto, Tomás Asensi Durá, Manuel Cru Muedra, Mariano Lluch Corset, Francisco Martinez Navarro, Pablo Forner Martí, Luis Cabrera Aznar, Manuel Martinez Gomez, José Sabater Miguel, Juan Alos Pavia, Luis Salvador Aleixandre y Luis Gimeno Pascual, y el operario Vicente Lluc Pardo.

Tal es en resúmen la manera como tuvo lugar tan sensible desgracia imposible de describir acertadamente en aquellos momentos de angustia por las contradictorias versiones que se hacian del suceso, puédese ya formar juicio del mismo; por nuestra parte no hemos omitido medio alguno de exactitud en el relato, informándonos al efecto del pasante de la escuela, alumnos y padres de familia.

El digno profesor de la escuela murió víctima del cumplimiento de su deber, esto es innegable. Mientras la autoridad no dispusiera el cierre de la clase, mientras el profesor no creyera necesaria y urgente la salida, obligacion suya era no retirarse de la escuela. Y así lo llevó á cabo; tanto que al sonar la hora del peligro, no aguardó la órden de la autoridad para salir, como no debia esperarla y dispuso la marcha de los niños. Fué tarde, mas esto solo prueba una esquisita delicadeza en el cumplimiento de su cargo y quizás una confianza estremada en que no amenazaba tan mortal peligro. De otra manera ¿quién concibe que el profesor espusiera inmprudentemente la vida de sus pequeñuelos, él que era todo celo y amor por su bienestar y adelantos?

Y puesto que la esplosion siguió rápidamente á la voz de «fuera» sin dar lugar á que un solo niño pusiera el pie fuera del edificio, considérese cual seria la afliccion de aquel celoso funcionario al ver desprenderse el edificio sobre su cabeza y la de sus alumnos, sin poder como buen maestro librarlos de tal desgracia, sin poder como buen padre volar en busca de su hijo que por fortuna pudo salvarse lejos de su lado. Contemplamos á este malogrado profesor en lucha terrible entre los sentimientos de padre de esposo y maestro y la angustia del hundimiento, para lamentar una desgracia que asi le robaba las pren-

das de su corazon y cuantas las familias habian confiado á su paternal cuidado, teniendo que recibir la muerte sin ser poderosa su estrema voluntad para tender la mano á un hijo ó á un alumno!

En conclusion el hundimiento fué un acto repentino: el profesor, víctima por hallarse cumpliendo sus deberes, jamás pudo imajinarle ni era lójico suponerse tan rápido y jeneral en una obra reciente hecha al parecer con todos los requistos de ley y de arte: tompoco estuvo en manos del maestro salvar á ningun discípulo, como lo hubiera indudablemente hecho, y como lo haria todo buen maestro, porque á nada dió lugar el desplome: el pasante milagrosamente libre con los niños de su cargo, llenó su mision cual cumplia á sus bellos antecedentes en los ocho años que ejerció la pasantía; y sobre todo probó la lealtad á su jefe, cuando al verle muerto esclamó «porqué no ha querido Dios que muriera yo en su lugar?» espresion que despues le hemos oido repetir llorando.

La familia, pues, del profesor es digna del apoyo que se le presta: el pasante merece asi mismo recompensa, y aqui alabamos el celo del digno maestro superior, de Torrente D. Miguel Angel de Lara, primero que ha abierto suscricion en su obsequio, y de D.ª Filomena Baró, primera que la ha realizado á favor de los trabajadores: los niños, por último, queden ó no, inútiles y los operarios heridos tambien escitan las simpatías jenerales.

Cervantes concluye diciendo: ¡Bien por las autoridades y el público que tal celo demuestran por enjugar tantas lágrimas!

El Editor, *Pedro Pablo Vicente.*

Imprenta de D. Pedro Pablo Vicente.